

Presentación

La reflexión sobre el valor es, para el semiótico, una reflexión incierta sobre la cual resulta difícil decidir. Esta reflexión es, de acuerdo con la opinión general, inaugurada por Saussure, quien instala el concepto de valor en el centro del campo semiótico:

No establecemos ninguna diferencia seria entre los términos *valor*, *sentido*, *significación*, *función* o *empleo* de una forma, ni incluso con la idea en tanto contenido de una forma; estos términos son sinónimos. Hay que reconocer, sin embargo, que *valor* expresa mejor que cualquier otra palabra la esencia del hecho, que es también la esencia de la lengua, o sea que una forma no *significa*, sino que *vale*: he aquí el punto cardinal. *Vale*, por consiguiente implica la existencia de otros *valores*.¹

Se considera también que, en el fondo, Saussure tuvo pocos seguidores, a pesar de las afirmaciones y protestas de unos y de otros, ya que el recurrir al concepto de valor no dejó de ser circunstancial: aquí, recuperación de un objeto de valor para la narratividad proppiana; allá, constitución razonada del valor del objeto de valor para Greimas y F. Bastide. No obstante, es posible atenuar este pesimismo: en efecto, Saussure funda el concepto de valor sobre los de “reciprocidad”, “complejidad” y “relatividad”, y se puede considerar que el concepto de interdefinición en Hjelmslev sustituye tácitamente al de valor;² pero

¹ F. de Saussure. *Ecrits de linguistique générale*. Paris. Gallimard, 2002, p. 28.

² “En las definiciones formales, lo que se pretende no es agotar la naturaleza intensional de los objetos ni tampoco delimitarlos extensionalmente desde todos

dado que la referencia a Hjelmslev subsiste sin consecuencias la mayoría de las veces, la efectividad de esta atenuación queda, por así decirlo, presupuesta.

Como es el caso para la mayoría de las magnitudes semióticas tratadas por el discurso, la cuestión del valor es una cuestión de profundidad; queremos decir que el valor no se opone mecánicamente al no-valor, sino a sí mismo: la analítica saussuriana del valor no es reconocible en la búsqueda de valores a la que adhiere la semiótica. En el estudio titulado “Un problema de semiótica narrativa: los objetos de valor”, Greimas mantenía una transición entre la analítica del valor y la búsqueda de los valores que instalaba como “constancia concéntrica” de la narratividad:

Hasta ahora, hemos utilizado el término *valor* sólo en su acepción lingüística como un término denominado arbitrariamente que recubre una estructura semántica inexpresable y que sólo puede ser definida negativamente, como un campo de exclusión con respecto a lo que no es y fijado, sin embargo, en un lugar sintáctico llamado objeto. No obstante, una definición tal del valor que la hace operacional en semiótica no se encuentra muy alejada de su interpretación axiológica, aunque sólo sea porque, fijada en ese lugar denominado objeto y presente para manifestarlo, el valor se encuentra en relación con el sujeto.³

Guardando la debida proporción, la solución imaginada por Greimas no hace más que cambiar la pregunta en respuesta, si no es que incrementa la confusión. La solución de continuidad permanece íntegra entre lo que Saussure llama atinadamente la

los ángulos, sino únicamente situarlos con relación a otros objetos, similarmente definidos o establecidos como premisas con carácter básico”, en *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Madrid, Gredos, 1980, pp. 37-38.

³ A.J. Greimas, “Un problema de semiótica narrativa: los objetos de valor”, *Del sentido II*, Madrid, Gredos, 1989, p. 27.

“esfera de la relatividad”, que día con día se descubre ante sus ojos, y la “esfera” de la necesidad y de la exclusividad que es la de la narratividad greimasiana, ya que, según la lección de R. Girard que no ha perdido nada de su pertinencia, los actantes se oponen y se exterminan porque comparten los mismos valores y desean los mismos objetos de valor. “En el papel”, la moderación de esta antinomia se deja enunciar fácilmente: en presencia de esta distensión entre los valores-formas exigidos por Saussure y los valores-fines que dinamizan la narratividad,⁴ convendría otorgar finalidad a los valores-formas y formalizar los valores-fines, esto es, declarar una complejidad de constitución autorizando la divergencia de posibles comparables; pero, como la sabiduría de los pueblos lo sostiene, es más fácil decir que hacer...

Dado que las situaciones obligan a los sujetos y no al revés, las contribuciones recopiladas en este número podrían ser caracterizadas por la posición del cursor mental sobre el intervalo uniendo los valores-formas “definidos independientemente de [su] realización y de [su] manifestación material” (Hjelmslev) y los valores-fines propensos al fetichismo; dicho brevemente, por su grado de proximidad o de alejamiento en relación con términos de la polaridad que subsiste. Dos contribuciones, las de S. Badir y de J. Coursil, vuelven sobre la herencia saussuriana, cuyo alcance y —tenemos que confesarlo— cuya complejidad, retornan al primer plano con la publicación reciente de los *Ecrits de linguistique générale*.

Debido a la personalidad atormentada de su fundador y lo que aquí llamaremos “el inacabamiento novelesco” de su obra, por lo cual la famosa *Mémoire* parece servir de final, la lingüística y la semiótica, en su estela, participan de dos mitos: el mito del origen, del regreso hacia el origen, y el de la búsqueda de un saber más o menos plausible. El estudio de S. Badir, “Onto-

⁴ Según Greimas: “(...) el valor que se vierte en el objeto enfocado semantiza en cierto modo el enunciado entero (...)”. *loc. cit.*

logía y fenomenología en el pensamiento de Saussure”, dedicado a la primera parte de los *Ecrits de linguistique générale* titulada “De la double essence du langage”, muestra que para Saussure la constitución del objeto epistémico, es decir la cuestión, está en la dependencia de un estupor: la lengua no recubre un dominio dado de “cosas”, sino que habita un pasaje, como un no-lugar en el que dos órdenes se retiran de forma alternada el uno ante el otro; pero, y ahí es donde el estupor toma cuerpo, uno de estos órdenes es negativo, constituido de lado a lado por “diferencias relativas y recíprocas”; y esta “rareza”, mostrándose ineludible, conduce a la pregunta siguiente: ¿cómo este orden de diferencias negativas coexiste, comunica, coopera con el orden positivo, flagrante, de la manifestación? Saussure mismo, por momentos, no lo puede creer:

(...) no penetraremos nunca lo suficiente la esencia puramente negativa, puramente *diferencial*, de cada uno de los elementos del lenguaje a los que damos apuradamente una existencia; no hay ninguno, en ningún orden, que posea esta existencia su-puesta —aunque tal vez, lo admito, tengamos que reconocer que, sin esta ficción, el espíritu sería literalmente incapaz de controlar semejante suma de diferencias, en las que no hay, en ninguna parte y en ningún momento, un punto de referencia positivo y firme.⁵

Esta sublimación insensible al término, de la cual la diferencia negativa accede, sin embargo a la existencia positiva, se convierte en la firma del discurso saussuriano, ya que este pasaje no destaca la deducción, sino la *concesión*, lo que nos invita firmemente a admitir que el hecho acaba de ganar sobre el derecho, y nos invita por lo menos a callar un rato... Si el descubrimiento saussuriano es comúnmente resumido por la afirmación de la prevalencia de la negatividad sobre la positividad, el

⁵ F. de Saussure. *Ecrits de linguistique générale*, op. cit., p. 65.

análisis de S. Badir pretende ser equitativo, buscando un equilibrio entre un aspecto ontológico al establecer la centralidad estructural de la negatividad y un aspecto fenomenológico vinculado a la descripción de las positivities, de las “figuras vocales” —de ahí el título dado a dicho estudio. Sin embargo, las entidades positivas, por más que tomen a su cargo formas lingüísticas definidas en primer lugar por su negatividad, están contaminadas a su vez por esta negatividad; para nombrar este nivel, el autor se arriesga a usar el término “inconsciente”. La lectura hecha por S. Badir acerca de estos textos inseguros, confirma que la distinción entre las formas y las “figuras vocales”, distinción homóloga a la que hemos avanzado entre los valores-formas ajenos a los sujetos y los valores-fines en los que los sujetos se reconocen, permanece; los unos y los otros cohabitan, colaboran, pero sin que la nitidez de su distinción sea tocada.

Si S. Badir duda de la consistencia del *corpus* saussuriano, J. Coursil pretende poner a la luz una “arquitectura de programa” a partir de una “revisión radical de los métodos de lectura” del *corpus* saussuriano tal como señala después de la publicación de los *Ecrits de linguistique générale*. J. Coursil opone la lectura interpretativa a la lectura sistemática y reprocha a la primera su proceder por extracción y exportación irreflexiva hacia otros contextos teóricos; la lectura sistemática, aplicando al texto saussuriano el concepto que preconiza para la lengua, considera que las notas y los fragmentos no pueden ser separados los unos de los otros y que la afirmación de la autonomía lingüística es la condición de la sistematicidad; en segundo lugar, lo que singulariza la lengua, es la reversibilidad de la relación [contenedor-contenido] que sucede entre el sujeto y la lengua: la lengua está “en” cada sujeto como cada sujeto está “en” la lengua, *aunque* Saussure afirma en el *CLG*: “La lengua es para nosotros el lenguaje menos el habla”, máxima que J. Coursil refuta doblemente argumentando que no podríamos expulsar de la lengua su dimensión enunciativa y que el lenguaje, después de todo, es “un objeto de discurso generado en la actividad de

la lengua". Así, el habla es distinta de la lengua sin que le sea ajena. A partir de ahí, el ejercicio de la lengua no es concebible sin la intervención ininterrumpida de una "masa hablante" considerada menos como una suma que como una red, la cual contiene al sujeto porque este mismo la contiene, como se ha dicho. La bella metáfora que toma la lengua como un "tesoro depositado en el cerebro de cada sujeto que habla a otro sujeto"⁶ designa la lengua como un sistema compartido de competencias que el habla actualiza a título de performance intersubjetivo. La estabilidad y la disponibilidad de la competencia lingüística llaman a una reflexión sobre el poder de la memoria y, por presuposición de sentido común, sobre el "aparato neuro-mnésico" que pone en juego. Contra el requisito hjelmsleviano de la inmanencia, la partición de la mnesia en dos memorias especializadas, la memoria neurológica y la memoria psíquica, parece en concordancia con la dualidad de los ejes paradigmático y sintagmático, el primero vuelto sobre el "edificio", el segundo sobre el "acontecimiento".⁷ Por otro lado, en un fragmento fulgurante y hasta ahora sin duda ambiguo, Saussure concibe, en una continuidad inesperada con la tesis de la clausura y de la autonomía, la psicologización de la gramática como el preámbulo de una gramaticalización de la psicología. A diferencia de S. Badir, J. Coursil deja entender que Saussure no hubiera sido sordo a las investigaciones de las neurociencias. Esta dependencia en relación con el "cerebro" en el que se encuentra depositada, no atenúa en nada la extrañeza de la lengua que, a los ojos de Saussure, no se parece a nada, sino... al álgebra, como se sabe: "en la lengua, sólo hay diferencias sin términos positivos", *valores*, por pleonismo: forzosamente solidarios los unos con los otros. La lengua une dos sistemas: un sistema del signi-

⁶ F. de Saussure, *Curso de lingüística general*, 13ª ed., Buenos Aires, Losada, 1974, p. 30.

⁷ Según Valéry: *L'idée est un édifice-événement* (la idea es un edificio-acontecimiento), *Cahiers*, tomo I, París, Gallimard-La Pléiade, 1973, p. 107.

ficante, *Morpho* que se refiere a "formas acústicas", y un sistema del significado *Gram* de las "categorías de pensamiento", que "sensibiliza" y "significa" según J. Coursil, al primero, aunque —siempre la concesión— la relación entre los dos sistemas no deja de ser arbitraria. Esta desigualdad entre los dos sistemas es, si se puede decir, aprovechada por el habla, los diálogos, las culturas... en las que el sujeto hablante dirige al sujeto que escucha un significante que invita a asociar a un significado, situación que verifica que la lengua es un "sistema cerrado y abierto".

Dos contribuciones, las de J. Fontanille y C. Zilberberg, envían el cursor mental al "otro extremo", el lado en el que los valores aparecen en los discursos singulares, "fijados en este lugar denominado objeto" y "en relación con el sujeto" (Greimas); si en la contribución de Coursil, el recorrido va progresivamente de lo virtual a lo existencial, aquí, la dirección parece invertirse. El estudio de J. Fontanille, titulado "Retórica y manipulación de los valores" reúne dos términos que el uso considera alejados: la retórica y los valores. El punto de vista adoptado consiste en revertir la orientación de la relación admitida entre la retórica y el discurso, orientación que ha hipostasiado la retórica, al concebirla abiertamente como un surtido de herramientas del cual el sujeto que discurre se sirve a la manera del artesano quien, gracias a su experiencia, va a escoger la "buena" herramienta; en suma, habría "más" en la retórica que en el discurso. Esta orientación es aquí invertida, ya que se trata de plantear la retórica como una dimensión del discurso, lo que sólo es aceptable si admitimos que el discurso *en primer lugar*, y la retórica *después*, tratan de los valores, es decir de los "transformables". Esta inclusión y esta subordinación explican que el análisis de la "dimensión retórica del discurso" sea *a imagen* del discurso, es decir dinámica y conflictiva, y que sea posible reconocer que las categorías discursivas de la intensidad y de la extensión son también inmanentes a las figuras llamadas retóricas. La retórica sería, pues, una gramática sistemática —"elástica" y diacrónicamente inestable en cuanto a su extensión— de

las transformaciones correlativas de la intensidad y de la extensión propias de la percepción de la escena predicativa. Frente a la dispersión recibida de las figuras, el estudio propone una “secuencia canónica”, narrativa sin ser propiamente y cuyas fases aspectualizadas alinean una “confrontación”, una “dominación” y una “resolución”. Estas secuencias son el teatro en el cual las categorías discursivas se confrontan con los valores. Dos operadores son puestos al frente: el desplazamiento y sobre todo el conflicto, que son susceptibles de manifestarse en cada una de las tres fases de la “secuencia canónica”. La figura retórica sale renovada de este examen minucioso y recibe una doble definición: (i) en primer lugar, paradigmática, ya que aparece como un “punto de intersección” (Hjelmslev) de categorías; (ii) en seguida sintagmática en razón de su lugar en la “secuencia canónica”. El estudio de J. Fontanille presenta aún dos particularidades: revoca el corte entre la retórica argumentativa, definida como la suma de las posibilidades-variaciones de la asunción enunciativa, y la retórica tropológica, ya que tanto la primera como la segunda ponen en marcha, aunque modulándolas, las mismas categorías. En segundo lugar, no procede por extracción y privilegio acordado a una figura o a una pareja de figuras, como una cierta tradición parecía autorizarlo: la metáfora por analogía para Aristóteles, Proust y Ricoeur, la pareja metáfora/metonimia para Jakobson y Lévi-Strauss, la hipotiposis para Parret, no opera con un inventario restringido (Dumarsais) o extendido (Fontanier), sino que abarca la totalidad de las figuras sin perjuicio de la notoriedad o lo *incógnito* de tal figura y, como el *Monsieur Jourdain* de Molière, muchos lectores estarán seguramente sorprendidos, tanto por las denominaciones como por las definiciones de figuras de las que no sospechaban ni la existencia ni la delicadeza...

La contribución de C. Zilberberg titulada “Valores semióticos y valores pictóricos”, se sitúa en continuidad y en ruptura con la epistemología saussuriana: en continuidad en la medida en que suscribe la afirmación de la centralidad del valor (ver

infra), pero también en disidencia en la medida en que no asume el “jansenismo” de Saussure relativo a la negatividad de la forma; en efecto, el tenor de la definición y el requisito de la interdefinición “a ultranza” (Hjelmslev) bastan para prevenir los temores de Saussure relativos a la objetivación ingenua y a la hipóstasis distraída de las categorías. Además, parece un poco inconsecuente proclamar la centralidad del valor sin proponer sobre la marcha los rudimentos de una tipología razonada de los valores semióticos —así sea, como Boileau recomienda—, “a veinte veces sobre el telar [volver a poner su] obra”. Siempre escuchando a Hjelmslev, los valores [v1] y [v2] son, si bien es cierto, valores negativos el uno con relación al otro, pero positivos en su relación con [v], tal como lo muestran las últimas páginas de *La catégorie des cas*. El valor recibe una doble definición: (i) paradigmático por selección y/o composición de valencias (Cassirer), las cuales, debido a su soporte antropológico, y aún si esta remisión debe por ahora más a la fiducia que a la comprobación, serían en principio del efecto perlocutorio; (ii) sintagmático en la medida en que [v1] tiene como objeto interno a [v2], en donde [v1] sólo tiene que ver con [v2] y recíprocamente: “al final de los fines”, las valencias serían menos rasgos que actos, menos participios pasados que participios presentes, menos entidades que ejercicios. Las valencias escrutadas aquí son valencias temporales de la *brevedad* y de la *longevidad*, las cuales participan de dos órdenes: por supuesto el de la percepción, pero también el, a menudo descuidado, de la “imaginación productora” (Cassirer). En segundo lugar, la problemática del valor está, en primera instancia, vuelta sobre un discurso no-verbal: la pintura y, en los límites de este estudio, sobre una modalidad del color: su *frescura*. El estudio se presenta, pues, como una semiótica —provisional— de la *frescura*, cuyo contenido gramatical ordenado está en la espera de un plan de la expresión verbal o no-verbal al que se ajustará. En cuanto a lo que es del orden de la obra plástica, es decir la pintura, el contenido de valencia se esfuerza por regir las unidades de pequeña

extensión, como aquí el toque y las unidades de mayor extensión con el predominio, formulado en el curso del siglo XIX, del esbozo rápido sobre el cuadro acabado con paciencia y, más generalmente, de lo no-acabado sobre lo acabado. Para el discurso verbal, es seguramente en la obra de Ch. Péguy que la frescura entronizada en el campo discursivo es promovida como una forma de vida, incluso como la forma suprema de vida. Pero la frescura debe a esta vocación y a esta preeminencia a la base antropológica de las dimensiones y de las sub-valencias que subsume, como si el hecho aquí también precediera y obligara al derecho, es decir al razonamiento. La centralidad del valor señala a la característica esencial que cifra.

La contribución de J.F. Bordron, titulada “Valor y dualidad”, se sitúa a la mitad del camino de la polaridad entre los valores-formas y los valores-fines, y se propone examinar la distorsión manifiesta entre el uso ilimitado y espontáneo del término de valor y la estrechez del número de las disciplinas que seriamente apelan al concepto de valor. Una primera explicación se centra en la divergencia entre la descripción de los devenires (diacronía) y la de los estados (sincronía). Bordron recuerda que, según el *Curso*,⁸ en la letra, el valor llama a la equivalencia, es decir a la identidad en la alteridad, y a la comparación, es decir a la alteridad en la identidad. La “buena nueva” saussuriana reside en la decisión de oponer, en el plano del contenido, el significado a sí mismo, es decir la *significación* al *valor*, ya que las miras que le son asociadas divergen: la significación se inscribe en un dispositivo jerárquico que le asigna un rango, mientras que el valor participa de una pluralidad casual de iguales celosos de su especificidad. Este dispositivo, el cual asigna a un *mismo* significado dos “reglas distintas” y no solidarias, recibe aquí el nombre de “principio de dualidad” y su pertinencia no está reservada a la lingüística: es válida para cualquier dominio reputado analizable. Esta irreductibilidad re-

⁸ *Ibid.*, p. 202.

cíproca, que hace de cada término un “abismo” para el otro, plantea el problema de la *iconicidad* de las vivencias, desde las más elementales hasta las más sofisticadas. La transición entre un germen y un icono es aquí un análisis que extrae lo que el germen indistingue, a saber una “materia”, una “forma” y una “calidad”, siendo cada una de estas partes a su vez analizable en “otras partes”. El valor es requerido, en cuanto la forma difiere del proceso que la produjo y de una manera general: “hay valor porque hay dualidad y no dualidad porque hay valor”. La dualidad puede ser aquella que asocia el producto a su proceso o, como en semiótica narrativa, el objeto de valor a su búsqueda. El valor emana en suma de la coordinación y más estrechamente del *quantum* de alteridad que esta coordinación afirma. Esta problemática es reconocible desde que dos órdenes relativos a la misma entidad están en relación el uno con el otro, por ejemplo la negrura como parte y, por ejemplo, la negrura como propiedad que establece una clase.⁹ El principio de dualidad de las reglas conduce al conflicto del valor y hay “tantos conflictos de valores como dualidades”: conflicto entre el proceso y el producto, entre el icono y la clase, entre la localidad y la globalidad.

*

¿Alguna enseñanza se desprende del acercamiento a estos estudios? El descubrimiento saussuriano reside, claramente, en la identificación, algo inesperada por cierto, de las nociones de valor y de diferencia. Sin embargo, en los propios términos

⁹ Esta dualidad de puntos de vista está planteada por Saussure en los —desconocidos— *Principes de phonologie*: “La ciencia de los sonidos no adquiere valor hasta que dos o más elementos se encuentran implicados en una relación de dependencia interna; pues hay un límite para las variaciones de uno según las variaciones del otro; ya el hecho de que haya dos elementos entraña una relación y una regla, cosa muy distinta de la simple consignación. En la busca del principio fonológico, la ciencia trabaja, pues, a contrasentido, con su predilección por los sonidos aislados. Bastan dos fonemas para que sepamos con qué carta quedarnos.” *Ibid.*, p. 107.

de Saussure, si la significación de esta identificación es indudable, su valor permanece incierto. Y esto desde un doble punto de vista: desde el punto de vista del texto saussuriano mismo, en primer lugar, y desde el punto de vista hjelmsleviano luego, en la medida en que Hjelmslev, rehusando la posición de sucesor, sólo admite un precursor: Saussure, lo que no es exactamente lo mismo...

En cuanto al primer punto, la preponderancia de la noción de diferencia es compartida: "Por lo regular, no hablamos mediante signos aislados, sino con grupos de signos, por masas organizadas que son a su vez signos. En la lengua, todo se reduce a diferencias, pero todo se reduce también a agrupaciones";¹⁰ Hjelmslev hará de la desigualdad de los agrupamientos la clave de su propia "tipología de las estructuras lingüísticas". En nombre de la característica, la unidad es ciertamente diferencial, pero no es sólo eso: (i) "Arbitrario y diferencial son dos cualidades correlativas";¹¹ (ii) Saussure menciona una vez más la complejidad: "La lengua, por decirlo así, es un álgebra que no tuviera más que términos complejos",¹² afirmación que pone de relieve el dilema: ¿son diferenciales los términos porque son complejos? ¿o bien, lo contrario? El discernimiento de una respuesta clara a esta cuestión dista mucho de ser un asunto fácil de resolver. Finalmente, la lengua no es para Saussure una disciplina insular ya que la inscribe, según una concepción —que, por cierto, debe más a Tarde que a Durkheim— en una jerarquía cuya "psicología general" es el término *ab quo*:

Se puede, pues, concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social. Tal ciencia sería parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros la llamaremos *semiología* (del griego *sēmeion*, "sig-

¹⁰ *Ibid.*, p. 215.

¹¹ *Ibid.*, p. 200.

¹² *Ibid.*, p. 205.

no"). (...) La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general. Las leyes que la semiología descubra serán aplicables a la lingüística, y así es como la lingüística se encontrará ligada a un dominio bien definido en el conjunto de los hechos humanos.¹³

Esta parte del programa no ha sido realizada por Saussure, sino por Hjelmslev en los *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, pero pagando el precio de una "traición":¹⁴ ¿no son los términos de diferencia y de valor rechazados fuera del santuario, es decir del léxico de las definiciones sobre el cual se cierra los *Prolegómenos*? Siendo que las teorías tienen horror al vacío, el espacio libre es ocupado, en el capítulo onceavo de los *Prolegómenos* por la noción de *dependencia* y sus derivados, capítulo que reseña los diferentes tipos de dependencia; esta centralidad está respaldada por la definición hjelmsleviana de la estructura: "entidad autónoma de dependencias internas";¹⁵ en el mismo espíritu, Hjelmslev invita al análisis¹⁶ a destacar no las *diferencias*, sino las *dependencias*.

Así pues, hemos pasado de una semiótica de la diferencia a una semiótica de la dependencia, de una semiótica discretizante a una semiótica modal.¹⁷ De ahí que esta cuestión parezca imprudente: ¿y después? ¿y ahora? Pero el hecho mismo de arriesgar este interrogante comporta, desde ya, una enseñanza: la lengua puede no sólo representarse, ponerse en escena, sino oponerse a sí misma, rebasarse y, según un término propio de Merleau-

¹³ *Ibid.*, p. 60.

¹⁴ Cf. Cl. Zilberberg, *Une continuité incertaine : Saussure, Hjelmslev, Greimas*, en *Hjelmslev aujourd'hui*, Rurnhout, Brepols, 1997, pp. 165-192.

¹⁵ L. Hjelmslev, *Ensayos lingüísticos*, Madrid, Gredos, 1972, p. 27.

¹⁶ "A la dependencia que satisface las condiciones del análisis la llamaremos *función*." En *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*; *op. cit.*, p. 55.

¹⁷ En lo que se refiere al pasaje de la semiótica a la lingüística aplicada, la noción de *rección*, que se debe al siglo XIX, se vuelve lo que define la categoría. Ver el estudio titulado *La noción de rección*, en *Ensayos lingüísticos*, *op. cit.*, pp. 182-199.

Ponty, *renovarse*: “La filosofía no es el paso de un mundo confuso a un universo de significaciones cerradas. Comienza por el contrario con la conciencia de lo que roe y hace saltar, pero también renueva y sublima nuestras significaciones adquiridas.”¹⁸ Sin duda, los lineamientos de esta semiótica se dejan apenas entrever, pero el contraste entre los estudios de S. Badir y de J. Coursil, así como de los otros tres artículos permite tocar el tema. Esta semiótica deja el relato y se enfoca al discurso; se propone reducir la solución de continuidad admitida entre el discurso y la retórica, en la medida en que la retórica supo, mucho antes que los lingüistas, que el discurso empezaba donde terminaba la gramática; la retórica fue, hasta el momento, el negativo del discurso:¹⁹ recogía lo que la gramática expulsaba, a saber lo que Cassirer nombra de un término, si bien es cierto mal acogido en francés pero retomado por Merleau-Ponty en *La prose du monde*: el “fenómeno de expresión”:

Pues la realidad que aprehendemos no es nunca en su forma originaria la realidad de un determinado mundo de cosas que se nos opone, sino más bien la evidencia de una actividad viva que experimentamos. Pero este acceso a la realidad no nos es dado en la sensación como dato sensible, sino solamente en el fenómeno originario de la expresión y de la “comprensión” expresiva. Sin el hecho de la revelación de un sentido expresivo en determinadas vivencias perceptivas, la existencia quedaría muda para nosotros.²⁰

En virtud de esta sobredeterminación, la serie inaugurada por Saussure sería transitiva:

¹⁸ M. Merleau-Ponty, *La prosa del mundo*, Madrid, Taurus, 1971, p. 43.

¹⁹ Sobre la “amplitud del hecho retórico”, ver R. Barthes, *L'ancienne rhétorique*, en *Communications* 16, 1970, pp. 172-223 [Versión en español, R. Barthes, “La retórica antigua”, en *La aventura semiológica*, Paidós, Comunicación, N° 40, 1993].

²⁰ E. Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas*, tomo 3, México, FCE, 1976, pp. 93-94.

diferencia —→ dependencia —→ eficiencia

pero se extendería, ya sea sobre el modelo de la *Aufhebung* hegeliana o de la sintaxis fundamental para Greimas,²¹ potencializando las magnitudes ahora en segundo plano. Después del “tumulto modal” que ocupó a los semióticos durante mucho tiempo, el tumulto afectivo que cruje bajo las figuras retóricas, debería retener su atención, en tanto la afectividad no exige un relajamiento, una renuncia al análisis, sino que requiere de su acentuación y de su profundización.

Claude Zilberberg

Traducción de Dominique Bertolotti

²¹ “En lingüística, las cosas suceden de otra manera: el discurso guarda las huellas de operaciones sintácticas anteriormente efectuadas: (...)”, en A.J. Greimas & J. Courtés, *Sémiotique* 1, Paris, Hachette, 1979, p. 31.